

De pronto se volvió hacia Lucas y concluyó diciéndole sonriente:

—Créalo usted, amigo mío, si usted deja morir á la Créchérie, morirá usted por la Créchérie. Su empresa es usted mismo. Hay que vivirla hasta el fin.

Lucas se había puesto en pie, con un arranque de todo su sér. Lo que acababa de oír, este acto de fe en el trabajo, este amor apasionado de la empresa, le elevaba con aliento heroico, le devolvía á toda su fuerza. En sus horas de cansancio y de duda, solo de aquel baño de energía que corría á tomar junto á su amigo, aquel pobre cuerpo enfermizo, emanaba semejante irradiación de paz y de certidumbre. Siempre obraba el encanto, un flujo de valor le inundaba, ya no sentía más que la impaciencia de volver á la lucha.

—¡Oh!—gritó,—tiene usted razón, soy un cobarde, tengo vergüenza de haber desesperado. La dicha humana no está más que en la glorificación del trabajo, en la reorganización del trabajo salvador. El fundará nuestra ciudad. ¡Pero ese dinero, pero ese dinero que habrá que arriesgar todavía!

Jordán, agotado por la pasión con que acababa de hablar, envolvía los flacos hombros, apretando más contra sí las mantas. Y dijo sencillamente con voz débil, cansada.

—Ese dinero yo se lo daré á usted. Haremos economías; ya nos arreglaremos. Bien sabe usted que con poco nos basta: leche, huevos y fruta. Con tal que pueda pagar los gastos de mis experimentos, lo demás marchará bien.

Lucas le había cogido las manos, que estrechaba con emoción profunda.

—¡Amigo mío, amigo mío!... Pero, ¿y su hermana, vamos á arruinarla también?

—Es verdad—dijo Jordán,—nos olvidamos de Scœurette.

Se volvieron; Scœurette, silenciosa, lloraba. Seguía sentada junto á su mesita, apoyados en ella los codos, la barba en las manos. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, al desahogarse su pobre corazón torturado y que sangraba, con aquella ola de ternura. También á ella, lo que acababa de oír la había trans-

fornado, elevando lo más hondo de su sér. Todo lo que su hermano decía para Lucas, resonaba en ella con igual energía. Esta necesidad del trabajo, esta abnegación ante un empeño, ¿no era la vida aceptada, vida lealmente para la mayor armonía posible? En adelante, también ella se hubiera considerado como Lucas, mala y cobarde, si hubiera estorbado á la empresa, si no se hubiera sacrificado á ella hasta renunciar á todo. Volvía á ella otra vez su gran valor de alma buena, sencilla y sublime.

Se levantó, se abrazó á su hermano; así estuvo algún tiempo, y con la cabeza en su hombro, le dijo suavemente al oído, despacio:

—¡Gracias! Me has curado; me sacrificaré.

En tanto, Lucas, agitado con nuevo afán de acción; había vuelto á la ventana, mirando el gran cielo azul brillar sobre los tejados de la Créchérie. Y al retirarse, repetía una vez más:

—¡Si es que no aman! ¡El día que amen, todo se fecundará, todo brotará triunfando bajo el sol!

Scœurette, que se le había acercado cariñosa, dijo entonces, con el último temor de su triste carne dominada:

—Y hay que amar sin querer ser amado; porque la empresa no puede comenzar á ser más que por amor de los demás.

Esta frase de una criatura que se entregaba toda con la única alegría de entregarse, cayó en medio de un gran silencio en que temblaba algo. No hablaron más; los tres, unidos en fraternidad estrecha, contemplaron á lo lejos, entre verdores, la ciudad naciente de justicia y de felicidad que iba á extenderse poco á poco á lo infinito, ahora que estaba sembrado mucho amor.

#### IV

Desde entonces, Lucas, el constructor, el fundador de pueblos, volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron á su voz. Se vió al apóstol

en su misión, en su fuerza, en su alegría; estaba muy contento, dirigía la lucha de la Crèche contra el Abismo con triunfante animación, conquistando poco á poco las almas y las cosas, gracias al anhelo de amor y de dicha que esparcía en torno de sí. Su ciudad fundada tenía que devolverle á Josina. Con Josina serían salvados los miserables de toda la tierra. En ello había puesto su fe y trabajaba por y para el amor, seguro de vencer.

Un día claro de cielo azul sorprendió una escena que le llenó de alegría, ternura y esperanza. Paseando alrededor de las dependencias de la fábrica, deseoso de vigilarlo todo, oyó de pronto voces ligeras, frescas carcajadas que venían de un rincón del dominio, al pie de la vertiente de los Montes Bleuses; en el sitio en que un muro separaba los terrenos de la Crèche de los del Abismo. Y habiéndose acercado con cautela, queriendo ver sin ser visto, dió con el espectáculo delicioso de una bandada de niños que jugaban libremente bajo el sol, devueltos á toda la inocencia fraternal de la tierra.

De la parte de acá de la pared estaba Nanet, que todos los días venía á buscar á sus camaradas, con Luciano y Antonieta Bonnaire, á quien debía de haber sacado de sus casillas, llevándoselos á una terrible caza de lagartijas. Los tres, mirando al cielo, reían, gritaban, mientras que del otro lado del muro otros niños que no se veían, reían y gritaban también. No era difícil comprender que había habido en casa de Nisa Delaveau un almuerzo de amiguitos que, libres por el jardín, habían acudido á las voces de la otra pandilla, anhelando verse, acercarse para jugar juntos. Lo peor era que habían tapiado la puerta, cansados de reñirles inútilmente sin lograr impedir que se acercaran unos á otros. Los Delaveau castigaban con seria prohibición hasta el llegar al extremo del jardín. En la Crèche se procuraba hacerles comprender que iban á ser causa de algún disgusto serio, de una queja, tal vez de un pleito. Pero ellos no hacían caso, cándidos galopines que cedían á las fuerzas desconocidas del porvenir, y se empeñaban en mezclarse,

confundirse, fraternizando con total olvido de los recores y de las luchas de clase.

Las voces agudas, puras, cristalinas, subían como cantos de alondra.

—¿Eres tú, Nisa? Buenos días, Nisa.

—Buenos días, Nanet. ¿Estás solo, Nanet?

—¡Cál! No, tengo aquí á Luciano y Antonieta; y tú, ¿estás sola, Nisa?

—¡Oh! No; con Luisa y Pablo. Buenos días, Nanet, buenos días.

—Buenos días, Nisa.

Y á cada saludo repetido, risas sin fin y más risas, porque les parecía muy gracioso hablar así sin verse, como si las voces cayeran del cielo.

—Di, Nisa, ¿estás ahí todavía?

—Sí, Nanet, todavía estoy aquí.

—Nisa, Nisa, oye, ¿no vienes?

—¡Ay, Nanet, Nanet! ¿Cómo quieres que vaya si han tapiado la puerta?

—Salta, salta, Nisa.

—¡Salta tú, Nanet, salta tú!

Y de golpe, el delirio: Los seis repetían: ¡Salta! ¡salta! bailando delante de la pared, como si brincando cada vez con más fuerza hubieran de acabar por saltar tanto, que pudieran verse y juntarse. Daban vueltas, bailaban agarrados, hacían reverencias al impasible muro y jugaban á hacerse muecas á través de las piedras con la fuerza de imaginación infantil que suprime los obstáculos.

Y volvió el cantar aflautado.

—Oye, Nisa, ¿sabes una cosa?

—No, Nanet, no sé.

—Pues bueno, voy á subirme sobre la pared y á cogerte por los hombros para pasarte acá.

—¡Oh! Eso, eso, ¡Nanet; sube, Nanetin mío.

En un momento Nanet estuvo sobre la pared, trepando con pies y manos con agilidad de gato. Y, ya arriba, á caballo, era de ver con su cabeza redonda, sus grandes ojos azules, el pelo rubio alborotado. Ya tenía catorce años, pero era pequeño, de sólidos riñones, de aire sonriente y resuelto.

— ¡Luciano! ¡Antonietta! Vosotros, ojo alerta. Inclinandose sobre el jardín de los Delaveau, muy ancho porque dominaba la situación y veía los dos lados á la vez, gritó:

— Sube, Nisa, yo te cogeré.  
— ¡Ay no, la primera yo, no, Nanet! Yo seré la que esté alerta por este lado.

— ¿Entonces, quién, Nisa?  
— Espera, Nanet, ten cuidado. Pablo subirá.  
— Hay un enrejado. Va á probar á ver si se rompe.

Hubo un silencio. Sólo se oía el crujir de madera vieja, mezclado con risas sofocadas. Se preguntaba Lucas si no debía presentarse para restablecer el orden, espantando á las dos bandadas como á gorriones sorprendidos en una granja. ¡Cuántas veces él mismo había reñido á aquellos niños temiendo que sus juegos obstinados fuesen causas de disgustos! ¡Pero era tan graciosa esta alegría infantil, este valor para juntarse á pesar de los obstáculos! Un momento más y se decidiría á corregirlos.

Un grito de triunfo estalló; la cabeza de Pablo asomó tras la pared y se vió que Nanet lo aupaba, después lo pasaba al otro lado para dejarle caer en brazos de Luciano y Antonietta. Pablo, aunque también pasaba de los catorce, pesaba poco, delgado y delicado, hermoso niño rubio muy bueno, muy amable, con ojos de inteligencia. En cuanto cayó en brazos de Antonietta, la besó, pues la conocía bien y le gustaba encontrarse con ella, porque estaba alta y guapa para sus doce años y tenía mucha gracia.

— ¡Ya está aquí, Nisa, ya ha pasado uno!  
Nisa, inquieta y procurando apagar la voz, dijo:  
— Chito, chito, Nanet. Se mueve no sé qué, junto al gallinero. ¡Echate sobre la pared, pronto, pronto!  
Después, pasado el peligro:

— Atención, Nanet, ahora va Luisa. Voy á anparla yo. Y esta vez, en efecto, fué la cabeza de Luisa la que apareció; cabeza de cabra, de ojos negros, un poco oblicuos, nariz menuda, barba aguda, de vivacidad y alegría graciosas. A los once años era ya una mujercita voluntariosa y libre que trastornaba á sus padres, los buenos Mazelle, estupefactos de que tal

salvaje; cuyo corazón rebosaba, hubiera podido germinar de su plácido egoísmo. No esperó siquiera á que Nanet la ayudase á bajar; saltó ella misma, cayó en brazos de Luciano, el camarada que adoraba, el mayor de todos, alto y fornido á los quince años, como un hombre, y que muy ingenioso, lleno de inventiva, le hacía juguetes extraordinarios.

— Ya van dos, Nisa; sólo faltas tú. Sube pronto. Todavía se mueve algo junto al pozo.  
Crujió la madera; todo un trozo del espaldar debió de venir abajo.

— ¡Ay! ¡ay! Nanet, no puedo. Es que Luisa ha dado patadas y todo lo ha echado á tierra.

— Espera, no importa, dame las manos; Nisa, yo te subiré.

— No, no; no puedo; bien lo ves, Nanet; por más que me estiro; soy muy pequeña.

— Cuando te digo, Nisa, que yo te alzaré... Más, más. Yo me bajo, ázate tú, ¡aupal! Ya ves cómo te subo.

Se había puesto de bruces sobre la pared; sólo se sostenía por un prodigio de equilibrio; y con un vigoroso esfuerzo de riñones levantó á Nisa y la puso á horcajadas delante de sí. Tenía ella el pelo más alborotado que de costumbre; una cabeza rubia de cordero rizado, boca de rosa, siempre risueña, bonitos ojos azules color de cielo. Buena pareja ella y su amigo Nanet, los dos del mismo oro suave, con iguales guedejas, que sacudían los cuatro vientos.

Un momento siguieron á horcajadas, frente á frente, triunfantes, entusiasmados, viéndose en el aire.

— ¡Ay qué Nanet, qué fuerza tiene! ¡Parece mentira, y me ha subido!

— Es que has crecido mucho, Nisa... Yo tengo catorce años, ya lo sabes.

— Y yo once, Nanet... ¡Pero, mira, eh! Parece que estamos á caballo en un caballo muy alto de piedra.

— Oye, Nisa, ¿quieres que me ponga de pie?

— ¡Ay, sí, de piel! ¡Yo también voy á ponerme, Nanet!

Pero otra vez se movió algo en el jardín. Ahora hacia la cocina; y asustados se agarraron uno á otro

y se dejaron caer, estrechándose con todas sus fuerzas. Pudieron matarse. Pero reían como locos, y al verse en tierra, siguieron allí jugando, riendo con más fuerza, sin el menor daño, encantados con la voltereta. Ya Pablo y Antonieta jugaban locos, corriendo entre la escalera y las rocas desprendidas que formaban allí, al pie de los Montes Bleuses, deliciosos escondites.

Lucas, viendo que era ya muy tarde para intervenir, se fué suavemente sin hacer ruido. Como no le habían visto, no se sabía que había hecho la vista gorda.

¡Niños amados, que en buen hora obedeciesen al fuego de su juventud, juntándose así al aire libre á pesar de las prohibiciones! Eran el florecer de la vida que ya sabía para qué muchas cosechas parecían así en ellos. Tal vez traerán la reconciliación de las clases, el mañana de justicia y de paz. Lo que los padres no podían hacer, ellos lo harían, y sus hijos mejor todavía, gracias al continuo cambiar de la evolución que latía en sus venas. Y Lucas, ocultándose para alejarse sin alarmarlos, reía solo, alegre, al oírlos reír, sin pensar en la dificultad que tendrían pronto para volver á saltar el muro. Jamás había tenido tanta esperanza en el porvenir entrevisto, tan bueno; jamás había sentido en sí tanto valor para la lucha y la victoria.

Vino entonces la lucha encarnizada, sin cuartel, de largos meses, entre la Crécherie y el Abismo. Lucas, que había creído un momento vacilante la primera, cerca de desvanecerse en la ruina, puso todo su esfuerzo en mantenerla en pie.

No esperaba ganar terreno en mucho tiempo; quería no perderlo; ya fué un buen éxito quedar estacionario, viviendo, á pesar de todo, bajo los golpes que le abrumaban por todas partes; pero, ¡qué formidable faena, qué alegre bazaría en el trabajo! Era sin cesar el apóstol de una idea, en su prodigio. Estaba en todas partes á la vez, entusiasmando á los obreros en los talleres de la fábrica, estrechando los lazos fraternales de grandes y pequeños en la Casa Comunal, atento á la buena administración en los almacenes. No

se veía más que á él en las anchas calles llenas de sol de la Ciudad naciente, en medio de niños y mujeres, ganoso de jugar y reír, como padre joven de este pequeño pueblo que era suyo. A un ademán de Lucas, todo nacía, crecía, se organizaba, gracias á su genio, á su fecundidad de creador, de cuyas manos abiertas caían semillas por donde quiera que pasaba.

Y el mayor milagro fué la conquista de sus obreros, entre los cuales la discordia y la rebelión habían alentado un momento. Aunque Bonnaire seguía no pensando como él, había conquistado el afecto de este hombre tan bravo, tan bueno, hasta el punto de encontrar en él el lugarteniente más fiel, más abnegado, sin el cual la empresa no hubiera podido cumplirse. Así mismo su fuerza de amor había obrado sobre todos los trabajadores, todos se habían agrupado poco á poco, estrechándose en torno de su persona al verlo tan cariñoso, tan fraternal, no viviendo más que para la dicha ajena, seguro de encontrar en ella la propia. El personal de la Crécherie iba siendo una gran familia unida por lazo cada vez más estrecho; cada cual había acabado por comprender qué era trabajar por su propio contento, trabajar por el de todos. En seis meses ni un obrero dejó la casa, y si los que habían marchado aún no volvían, los que quedaban se sacrificaban hasta el punto de no recoger la totalidad de sus beneficios, para permitir á la Casa constituir un fondo de reserva considerable y sólido.

En esta obra crítica, esta solidaridad de todos los miembros asociados, luchando por la obra común, fué, sin duda la que salvó á la Crécherie, impidiéndole hundirse bajo la maldición del egoísmo y la envidia del antiguo Beauclair. El fondo de reserva con tal prudencia acumulado, aumentado, fué un auxilio decisivo. Permitió hacer frente á los días difíciles, evitó recurrir durante las crisis á mortales empréstitos. Gracias á él se pudo por dos veces comprar máquinas nuevas, necesarias para los cambios en la fabricación, y que bajaron mucho los precios de fábrica. Después ayudó la buena suerte; hubo por aquel tiempo grandes trabajos de puentes, construcciones metálicas, ferrocarriles, que exigieron cantidades conside-

rables de rails, vigas y armaduras. La larga paz en que vivía Europa, desarrollaba singularmente la industria del hierro en lo que puede producir de pacífico y civilizador. Nunca hasta entonces había el hierro entrado por tanto en la habitación humana. Había aumentado, pues, la fabricación en la Crécherie, sin grandes ganancias, pues Lucas quería producir á buena cuenta pensando en el porvenir. Fortalecía la fábrica con una administración muy juiciosa, continuas economías y toda aquella reserva de dinero en caja, pudiendo entrar en línea de combate á la primera amenaza. La devoción de todos á la causa común, la abnegación solidaria de los trabajadores, de los asociados, dejando su parte, hacían lo demás, permitiendo esperar el día del triunfo sin sufrir demasiado.

En el Abismo, la situación seguía más floreciente, la cantidad de negocios no había bajado, y seguía la buena fama del éxito por la fabricación cara de granadas y cañones. Pero ya no había en ello más que una apariencia, y Delaveau comenzaba á sentir á veces serias inquietudes, que no confesaba. Tenía consigo á todo Beauclair, á toda la sociedad burguesa y capitalista amenazada. Seguía además convencido de que él era la verdad, la autoridad, la fuerza, y la victoria final segura.

Pero así y todo, ya le corroía una duda secreta; lo dura que tenía la vida la Crécherie, cuya ruina profetizaba cada tres meses, le turbaba. No podía luchar en el hierro y acero del comercio con los rails, vigas y armaduras que la fábrica vecina producía baratos y en excelentes condiciones.

Sólo le quedaban los aceros finos, los productos cuidados á tres y cuatro francos el kilo, que dos casas muy importantes fabricaban también en un departamento vecino. Se hacían una terrible competencia; veía que sobraba una de las tres y la cuestión era saber cuáles serían las que se comerían á la otra. Debilitado por la Crécherie, giría á ser el Abismo la casa condenada á desaparecer? Esta duda le roía siempre, y aunque redoblaba su actividad, guardando una actitud de serena confianza en la buena causa, esta religión del salario, de que era el defensor. Pero más

que esta competencia y los azares de las luchas industriales, le preocupaba el no verse apoyado por un fondo de reserva que le permitiera hacer frente á las necesidades en catástrofes imprevistas. Si se declaraba una crisis, un paro, una huelga, simplemente un mal año, ya sería un desastre, pues la fábrica no tendría con qué vivir esperando la vuelta de los negocios. Ya en un caso de apuro, para adquirir nuevas máquinas, había habido que tomar prestados trescientos mil francos cuyos intereses eran gravosos ahora en el balance anual. ¿Y qué sería si había que seguir pidiendo prestado ahora y siempre hasta el salto final en la cima de la deuda?

Por este tiempo procuró Delaveau llamar á la razón á Boisgelin. Cuando había decidido á éste á confiarle los restos de su fortuna, le había prometido, si compraba el Abismo, ganarle grandes intereses que le permitirían continuar su vida lujosa. Pero ante las dificultades, deseaba verle bastante razonable para reducir su tren durante algún tiempo, con la seguridad de volver á él y aun aumentarlo en cuanto la fortuna volviera á ser propicia. Si Boisgelin hubiera consentido en no sacar más que la mitad de los beneficios, se hubiera podido constituir el famoso fondo de reserva, atravesando el Abismo, victorioso, los años malos. Pero el primo era intratable, lo exigía todo, no quería suprimir nada de sus recepciones, de sus carcerías, de la vida que llevaba, cada vez más dispendiosa. Reñían á veces. Si el capital amenazaba no sudar más los intereses esperados, si la carne de trabajo, los obreros, no bastaban ya para mantener al ocioso en su lujo, el capitalista acusaba al director industrial de no cumplir sus promesas queriendo mermarle la renta. Y Delaveau, irritado, desesperado por la imbecilidad de esta ansia de goces, no sospechaba nada de su mujer, Fernanda; no la veía detrás del fátuo buen mozo; no veía á la corrupta, la que lo devoraba todo en caprichos y locuras. Ardía en fiestas la Guerdache; Fernanda gozaba allí desquites tan deliciosos, se embriagaba con tales triunfos, que detenerse en su alegría la hubiera parecido perderse. Ella misma irritaba á Boisgelin diciéndole que su marido decaía, que no sa-

caba de la fábrica todo lo que se podría, y según la única manera de aguijonearle, era acosarle pidiéndole dinero. La actitud de Delaveau, hombre autoritario, que jamás hacía de las mujeres confidentes, ni aun de la suya, aunque la adoraba, había acabado por convencerle de que estaba en lo cierto y de que si quería más tarde realizar su sueño, volver á París con los millones conquistados, había que pinchar sin descanso á su marido, y devorarlo todo para centuplicarlo todo.

Sin embargo, una noche Delaveau se clareó sin querer delante de Fernanda. Volvían de una cacería, de la Guerdache, durante la cual Fernanda, cuyo mayor placer era galopar á caballo, había desaparecido con Boisgelin. Había habido luego una gran comida y era más de media noche cuando el matrimonio volvió al Abismo en carruaje. La joven, que parecía muerta de cansancio, como ahita de los ardientes placeres que eran su vida, se apresuró á desnudarse, deliciosa en su fatigada desnudez; luego se estiró bajo el abrigo de su lecho, mientras su marido, sin prisa, se desnudaba metódicamente dando vueltas por el cuarto, colérico y preocupado.

—Dime tú—preguntó al fin,—¿no te ha dicho nada Boisgelin cuando desaparecisteis juntos?

Sorprendida Fernanda, abrió los ojos, que ya se le cerraban.

—No—respondió;—nada importante á lo menos. ¿Qué quieres que me dijera?

—¡Ah!—prosiguió Delaveau,—es que antes habíamos tenido una discusión. Ha vuelto á pedirme diez mil francos para fin de mes. Y esta vez me he negado en redondo; es imposible; una locura.

Levantó ella la cabeza, brillantes los ojos.

—¿Por qué una locura? ¿Por qué no le das esos diez mil francos?

Era ella precisamente quien había apuntado á Boisgelin esta nueva petición, para la compra de un automóvil eléctrico en el cual tenía el ardiente capricho de hacerse pasear con loca velocidad.

—Pues—gritó Delaveau, confesando sin querer,—por que ese imbécil acabará por arruinar la fábrica con sus continuos gastos. Saltaremos si no se decide á

reducir su tren. Y es una necedad ese continuo holgorio, su vanidad estúpida de que se lo coma todo el mundo.

De un salto se había ella incorporado, algo pálida, mientras que él agravaba aún su confidencia añadiendo con su ruda candidez de marido ciego:

—Sólo hay una persona razonable en la Guerdache, la pobre Susana, la única que no se divierte. Dá lástima verla tan triste; y al rogarla hoy que interviniera con su marido, me ha contestado, ahogando las lágrimas, que no quería mezclarse absolutamente en nada.

Esta torpe alusión á la mujer legítima, á la sacrificada, tan digna y tan alta en su renunciamiento, acabó de exasperar á Fernanda. Pero, sobre todo, la idea de que la fábrica pudiera estar en peligro, la misma fuente de sus placeres, la inmutaba. Volvió al asunto.

—¿Que vamos á tronar? ¿Por qué dices eso? Yo creía que los negocios iban muy bien.

Había puesto tal pasión inquieta en la pregunta, que Delaveau, desconfiando, temiendo verla amplificar los temores que se ocultaba á sí mismo, no dijo la verdad total, cuya confesión iba la cólera á arrancarle.

—Claro que los negocios van muy bien. Pero irían mejor todavía si Boisgelin no vaciase la caja, para la vida de idiota que lleva. ¡Te digo que es estúpido, con su pobre mollera de guapo mozo!

Tranquilizada, volvió Fernanda á tenderse con un gracioso movimiento de su cuerpo adorable, tan fino y esbelto. Su marido no era más que un espíritu grosero, brutal, avaro, que soñaba con soltar lo menos posible de las sumas considerables que tenía la fábrica en caja; y las bromas pesadas, las palabrotas con que perseguía á Boisgelin, eran otros tantos ataques indirectos que la herían personalmente.

—Querido—concluyó con sequedad,—no todo el mundo está hecho para embrutecerse en el trabajo todo el día, y los que tienen dinero hacen bien disfrutándolo como quieren y gozando las distracciones de una existencia superior.

En el primer ímpetu quiso Delaveau responder; pero consiguió contenerse con gran esfuerzo. ¿A qué in-

30820

tentar convencer á su mujer? La trataba como á niño mimado, dejándola obrar á su autojo, sin que en ella le enojasen nunca errores de conducta que en otros reprobaba con calor. Ni aun advertía su vida loca, pues ella misma era su locura, la joya que había querido en sus groseras manos de gran trabajador. Nunca la había amado, deseado nada más; cuando de noche la encontraba en el lecho llena de exquisito encanto, de un perfume embriagador, después de las ásperas jornadas que pasaba él en medio del humo acre de los trabajos negros que aturdían, del Abismo. Seguía siendo ella su admiración, su adoración, el ídolo que se pone aparte en una abdicación supersticiosa de la dignidad y el buen sentido, y del cual no cabe dudar ni sospechar. Guardaron silencio, y Delaveau, por fin, se acostó también, sin apagar todavía la lámpara eléctrica puesta sobre la mesita de noche. Permaneció un momento inmóvil, con los ojos muy abiertos. Sentía cerca de sí el tibio calor, el olor penetrante de aquel cuerpo de mujer cuyo seno y brazos desnudos, entre encajes, tenían la suavidad de la seda. Ya Fernanda se dormía, había cerrado los ojos y su hermoso rostro, pálido por el cansancio, aparecía más apetecible en medio de las ondas del cabello desatado.

Se volvió el marido y besó un mechón suelto cerca de la oreja. Como ella no se meneaba, la creyó enfadada y quiso agradarla mostrando que comprendía las flaquezas del lujo.

—¡Sea todo por Dios! Yo le daré esos diez mil francos, ya que tanta gana tiene de un automóvil. Lo que digo es por prudencia. Hermosa cacería la de hoy.

Seguía ella sin responder. De su boquita roja, algo entreabierta, que dejaba ver los dientes fuertes y brillantes, salía un aliento caliente, regular, mientras el seno levantaba sus puntas de rosa en una leve palpitación, como oprimido por larga fatiga de amor. Dormía, rendida, medio desnuda; había sacudido una punta del cobertor y fermentaba la embriaguez de los placeres de aquel día.

—Fernanda, Fernanda—dijo suavemente Delaveau, tocándola otra vez con los labios.

Convencido de que dormía, se resignó, renunció.

—Pues entonces buenas noches, Fernanda.

Después de apagar la luz, se tendió de espaldas. Pero él no podía dormir, y siguió con los ojos abiertos en la obscuridad. Febril, insomne junto á aquella mujer tibia y bien oliente, volvió á sus temores, á la ansiedad que le causaba la crisis de la fábrica. En este estado doloroso de vigilia se agravaban las dificultades; nunca había visto el porvenir con semejante lucidez, desde puntos de vista tan sombríos. Clara se le ofrecía la causa de la ruina, la locura de gozar; la enfermiza impaciencia de gastar el dinero apenas ganado. De seguro en alguna parte había una sima que se tragaba la fortuna, una llaga abominable por la cual se escapaban toda la salud y toda la ganancia del trabajo. Muy franco consigo mismo, hacía examen de conciencia y nada encontraba que reprocharse. En pie muy temprano, era el último en dejar los talleres de noche, siempre vigilante, conduciendo su numeroso personal como si fuera un regimiento. Y además, un esfuerzo sostenido de todas sus notables facultades, mucha rectitud en su rudeza, una rara potencia de método y de lógica, una lealtad de combatiente que ha prometido vencer, que quiere vencer ó sucumbir. Y padecía mucho sintiéndose resbalar hacia el desastre, á pesar de su heroísmo, por una destrucción lenta de todo lo que creaba, por un estrago cotidiano que venía no sabía de dónde y que su energía no podía contener. Sin duda los continuos gastos, lo que él llamaba la vida de imbécil de Boisgelin, el ansia glotona del placer, era el cáncer que devoraba la fábrica. ¿Pero quién le embrutecía así? ¿Quién alentaba la demencia del pobre hombre, que él no acertaba á comprender, como juicioso trabajador, sóbrio, continente, que odiaba la ociosidad y los goces que destruían toda la salud creadora?

No sospechaba Delaveau que quien demolía, envenenaba, vivía á su lado el día entero, era su Fernanda adorada, tan bonita, delicada y esbelta, dormida á su lado y cuyo tibio perfume le embriagaba de amor. Mientras él se afanaba entre el humo y el calor de los hornos haciendo sudar el dinero con dolor á sus obreros, ella, lucía sus claros trajes bajo las umbrías

de la Guerdache, lanzaba el oro á los cuatro vientos, y con sus dientes blancos mascaba como pastillas cientos de miles de francos que mil jornaleros le forjaban entre el estrépito de los grandes martillos. Y aquella misma noche, mientras él se atormentaba pensando en cómo buscar recursos para los próximos pagos, dormía ella á su lado, carne con carne, abrumada por la voluptuosidad, cansada de haber gozado. A veces su deseo varonil volviase hacia la compañera que era suya, y cuyo espíritu desconocía absolutamente. Sentía á su lado en completo abandono, pudiendo poseerla sin que ella lo notara tal vez. Luego volvía á las angustias de su batalla industrial. Y no era ella más que una niña inconsciente cuyo sueño respetaba como toleraba sus caprichos, no llegando jamás al fondo de aquel cuerpo divino, ídolo de su culto. Se durmió al fin y soñó que bajo el Abismo había fuerzas perversas y diabólicas que iban comiendo el suelo para que la fábrica entera se hundiese en una noche fulgurante de tempestad.

En los días siguientes Fernanda se acordó de los temores que su marido le había manifestado. Aun dando lo suyo á lo que ella creía su amor al dinero amontonado, su odio al lujo, todavía tembló pensando en la ruina posible. Arruinado Boisgelin, ¿qué sería de ella? No era sólo el fin de esta vida alegre, el desquite de su miseria antigua cuando mostraba botinas descarcañaladas, bajo la explotación brutal de los hombres. Era además la vuelta á París, vencidos por la suerte, una vivienda de mil francos en el fondo de algún barrio excéntrico; un empleillo en que Delaveau vegetariana, mientras que ella volvería á caer en la grosería, en la bajeza de un ajuar de trabajadores. ¡No, no! No consentía, no se dejaría arrancar la presa dorada; con todas sus carnes se agarraba al triunfo, con todas las fuerzas ávidas de su sér. En aquel cuerpo tan fino y delicado, bajo la gracia ligera, había una fiera de loba de furiosos instintos carniceros. Estaba resuelta á saciar sus apetitos hasta el fin sin perder ni comprometer nada. Despreciaba la fábrica fangosa y negra en que oía día y noche forjarle su placer á los obreros que tostaban la piel para que

ella tuviese una vida de pereza, fresca y feliz; en aquel bajo oficio los veía como animales domésticos que la sustentaban, que le evitaban toda fatiga. Jamás manchaba sus pies menudos en el fangal de los cobertizos; nada le importaba el rebaño humano que desfilaba ante su puerta, agobiado por el trabajo maléfico. Pero el rebaño era suyo, la fábrica suya, la idea de que la agotaran su fortuna arruinando la fábrica, la sublevaba, la lanzaba á la guerra como un atentado contra su persona. Quien dañaba al Abismo era su enemigo, un malhechor peligroso de quien había de librarse por cualquier medio. Por eso había ido corriendo su odio á Lucas desde que lo había visto por vez primera en aquel almuerzo de la Guerdache, adivinando en él con sutil olfato de mujer, al hombre que se le atravesaba en el camino. Siempre era el obstáculo. Y ahora amenazaba destruir el Abismo y lanzarla á ella á las molestias de la mediocridad. Si le dejaba hacer, adiós felicidad, la robaba lo que amaba más en la vida. Furiosa, bajo tanta gracia, ya sólo pensó catástrofes para aniquilarle.

Pronto haría ocho meses, en una noche postrera de ternura, Josina había dicho adiós á Lucas, aplazando la dicha que la vida les debía, cuando estalló un drama que había de dar á Fernanda ocasión para la catástrofe soñada, esperada. Josina había salido fecundada de los brazos de Lucas en aquella noche tan triste y deliciosa. Estaba en cinta, y en cinco meses Ragú no lo notó siquiera; pero un día, borracho, quiso maltratarla y lo comprendió todo por el ademán de terror que hizo ella defendiendo el vientre. Primero, de estupor, quedó inmóvil.

— ¡Estás preñada, preñada, cerda!... Por eso andabas con tapujos y no te mudabas de camisa delante de mí. ¡Tan bruto soy yo, que no vi nada, como tú tramposa!

Como un relámpago atravesó su mente la seguridad de que aquel hijo no podía ser suyo. Nunca tocaba en ella, como él decía, más que para el placer, muy seguro de sus radicales precauciones. Nada de hijos, que eran grilletes. Divertirse juntos, y á vivir, tropa; fuera estorbos. ¿De dónde venía entonces aquel hijo?

¿Quién lo había hecho? Y otra vez apretó los puños rugiendo de cólera.

—Eh, puerca, ¿No se habrá hecho él solo? ¡No te atreverás á decir que es cosa mía! Bien sabes que nunca he querido hijos. ¿De quién es? Responde, responde, responde pronto, ¡indecente! ó te aplasto.

Josina, muy blanca, con los suaves ojos valientes, fijos en el borracho, no respondía. Había algo de asombro en su temor al verle enfurecerse así, pues parecía que ya nada le importaba ella, y todos los días la amenazaba repitiendo que se vería libre si otro la recogía en el arroyo. El había vuelto á la mala vida; seducía á las infelices obreras que querían oírle; se contentaba con las vagabundas andrajosas esparcidas de noche por las calles pestíferas del viejo Beclair. Entonces, ya que la insultaba no queriendo nada de ella, ¿por qué se enfurecía de tal modo al saber su estado?

—No es mío, no osarás decir que es mío.

Respondió ella al fin sin quitarle los ojos; en voz baja y profunda:

—No, no es tuyo.

De un puñetazo quiso derribarla. Pero retrocedió y sólo le rozó el hombro. Bramaba.

—¡Y te atreves á decirme eso, cochino pendón!... ¡Y el nombre de ese hombre; dime el nombre para ir á contarle un cuento!

Tranquila respondió ella:

—El nombre no te lo diré; no tienes derecho á saberlo, pues me has dicho veinte veces que estabas harto de mí y que podía arreglármelas por otra parte.

Y añadió:

—No has querido un hijo mío; yo tengo uno de otro, y ese es mi marido ahora, y nada te importa.

La hubiera matado. Tuvo que huir para evitar las patadas con que procuraba el malvado, con atroz idea, herirla en mitad del vientre. Lo que así le enfurecía era lo que acababa de decir de que otro la había hecho madre, y que en adelante nada de lo de ella le importaba, ni de su cuerpo ni de su vida. El, que no había querido hijos, se sentía mordido por un dolor sordo, á la idea de no ser él el padre. Comprende

día que no era suya; que nunca lo había sido. Otro se la había cogido antes que la hubiera hecho suya; ahora ya nunca lo sería. Esto era lo que confusamente le exaltaba con celos feroces, cuya tortura no conocía ni hubiera creído que podría conocer. Desde entonces, esta mujer que antes quería echar á la calle, que abandonaba por inmundas pérdidas, la encerró, la vigiló, con accesos de furor siempre que la veía hablar con un hombre. La cólera de lo irreparable le arrastraba á continuas violencias, y lastimaba aquella carne cuya posesión se le escapaba por su culpa. Y siempre volvía, en su orgullo herido de macho que no había sabido crear la vida, á su rencor contra el otro, el desconocido que había hecho de esta carne una dependencia de su propia carne.

—Dime el nombre, dime el nombre, y te juro que te dejo en paz.

Peró ella no accedía. Soportaba las injurias y los golpes, respondiendo con suave sinceridad:

—No necesitas saber el nombre; no te importa.

Ragú no podía sospechar de Lucas, ni se le pasó por las mientes, pues nadie, fuera de Sœurette, había sorprendido las visitas de Josina. Buscaba entre los compañeros, creyendo en un abandono de un momento. Un día de pago, cuando el vino calienta la sangre. Todo en vano; espío, interrogó, sólo llegó á exasperarse más.

En tanto, Josina se ocultaba de todos, temiendo que Lucas pudiese tener un disgusto por su preñez, si el secreto se descubría. Cuando tuvo la certeza de estar en cinta de él, se sintió primero llena de una alegría inmensa; hubiera querido correr á anunciarle la gran noticia, la buena nueva, segura de hacerle también dichoso. Después pensó inquieta que debía esperar para no precipitar alguna catástrofe en los días difíciles para la Crèche. Una casualidad hizo saber á Lucas la venida del hijo bien amado de que era padre. Un día, acompañando á Bonnair, llegó á su casa charlando y oyó á la Pelos contar á un corro de comadres que su cuñada estaba embarazada, noticia que acompañaba de venenosos comentarios, dando á entender cosas abominables. Quedó sobrecogido, el corazón le